



AVISO LEGAL

Artículo: Montaigne, lector europeo de América

Autor: Rigolot, François

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 4, año VIII, núm. 46 (julio-agosto de 1994), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Rigolot, F. (1994). Montaigne, lector europeo de América. *Cuadernos Americanos*, 4(46), 69-81. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1994 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México, México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiuam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

MONTAIGNE, LECTOR EUROPEO DE AMÉRICA*

Por François RIGOLOU
UNIVERSIDAD DE PRINCETON

*Nuestro mundo acaba de encontrar otro...
Mucho temo que le hayamos vendido bien caro
nuestras opiniones y nuestras artes.*

Ensayos III, 6, 908-909b

EL AÑO DE 1992 HA VISTO desarrollarse varias conmemoraciones culturales importantes, de las cuales la más célebre, el quinto centenario del "descubrimiento" de América, parece haber eclipsado, por lo menos en el continente americano, el cuarto centenario de la muerte de Montaigne (1533-1592).

No nos pareció pues inapropiado interrogar la mirada del autor de los *Ensayos*¹ sobre este tema muy trillado por los ideólogos de todos los rumbos, el del "encuentro" tan memorable como discutible entre el "Nuevo" Mundo y el "Antiguo".²

* Una primera versión de este texto fue leída en París el 14 de enero de 1993 en ocasión del Coloquio "Lectures de Montaigne", organizado por la UNESCO y con la participación de las Escuelas Normales Superiores.

¹ Todas nuestras referencias a los *Ensayos* de Montaigne se remiten a la edición que ha hecho Pierre Villey, 3. ed., París, PUF, 1978. El subrayado es mío. Daremos generalmente, entre paréntesis en el texto, el número del libro (en números romanos) seguido de los números del capítulo y de la página (en arábigos). Las letras a, b y c servirán, según la tradición, para diferenciar entre las principales ediciones de 1580 (a) y 1588 (b), así como las adiciones manuscritas (c) hechas por Montaigne sobre su ejemplar personal de la edición de 1588 (el famoso "ejemplar de Burdeos"), texto que difiere de la edición de 1595 al cuidado de Marie de Gournay.

² Se prefiere hoy hablar más bien de "encuentro" entre dos mundos, incluso de "invasión" del "Nuevo" por el "Viejo". Remitimos sobre este asunto a la obra muy controvertida de James Axtell, *Beyond 1492. Encounters in Colonial North America*, Oxford, Oxford University Press, 1992 y al artículo de Pauline Maier, "Have we lost our bearing or found them?", *The New York Times Review of Books*,

El problema general de la actitud de Montaigne frente a las poblaciones indígenas de América ha sido largamente estudiado a la vez por los historiadores, los antropólogos, los filósofos y los críticos literarios, sobre todo desde hace algunos años.³ Montaigne obtiene su información de una gran variedad de fuentes, la mayoría de las cuales ha sido minuciosamente inventariadas y analizadas, a menudo con cuidado, por los especialistas.⁴ No es cuestión de volver aquí sobre esos conocimientos sólidamente adquiridos sino más bien de inclinarnos sobre el origen y la originalidad de la visión que da Montaigne del Nuevo Mundo, que se considera generalmente a la luz de las teorías modernas del relativismo cultural.⁵

Digámoslo claramente de entrada: el autor de los *Ensayos*, en quien hoy quizás estamos demasiado dispuestos a ver al defensor incondicional de la cultura indígena y al retador de la colonización europea —una suerte de *Las Casas* cuya *political correctness* sería

13 sept. 1992, pp. 15-18. A las dos conmemoraciones mencionadas habría que agregar la de la expulsión de los judíos de España, que quizás no careció de relación con el parentesco materno de Montaigne.

³ Esta bibliografía es demasiado larga para que podamos dar aquí el detalle. Preferimos remitir a uno de los últimos artículos sobre este tema que hace referencia, entre otros, a los trabajos de Marcel Bataillon, Gérard Defaux, Marcel Gutwirth, Raymond Lebègue, Géralde Nakam, Jean-Claude Margolin y André Tournon: Frank Lestringant, "L'Amérique des 'Coches', fille du Brésil des 'Cannibales': Montaigne la rencontre de deux traditions historiques", en *Montaigne et l'histoire*, textes réunis par Claude-Gilbert Dubois, París, Klincksieck, 1991, pp. 143-160.

⁴ Para simplificar, recordemos que el capítulo "De los caníbales", I, 31, se inspira sobre todo en las obras de André Thevet, *Les singularitez de la France antarctique*, 1557, de Jean de Léry, *Histoire d'un voyage fait en terre du Brésil*, 1578, y de Urbain Chauveton, traductor y comentarista de Girolamo Benzoni, *Histoire nouvelle de Nouveau Monde*, 1579. Por el contrario, en el capítulo más reciente "De los coches", III, 6, Montaigne recurre sobre todo a la *Historia general de las Indias*, 1552, de López de Gómara, en la traducción francesa de Martin Fumée, 1569, así como, muy probablemente, a la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, 1552, de Bartolomé de Las Casas, el defensor español de los indios, en la traducción de Jacques de Migrode, 1579. Cf. Pierre Villey, *Les livres d'histoire moderne utilisés par Montaigne. Contribution à l'étude des sources de Montaigne*, París, Hachette, 1908, pp. 76-77, que debe completarse con el estudio de Juan Durán Luzio, "Las Casas y Montaigne: escritura y lectura del Nuevo Mundo", *Montaigne Studies*, 1 (1989), pp. 88-106.

⁵ Para una afirmación reciente en este sentido, véase Edgar Montiel, "Amérique-Europe: le miroir de l'altérité", *Diogène*, 159 (1992), p. 31.

siempre irreprochable—⁶ se muestra vehemente en su denuncia de las costumbres inhumanas de los indígenas del Nuevo Mundo. Nunca clude el problema de la violencia inherente a su cultura. Muy por el contrario, en una adición de 1588 a su capítulo “De la moderación” (I, 30) y que generalmente se deja en silencio, lo vemos retomar de su modelo español, López de Gómara, el horrible cuadro de los sacrificios humanos a los que se dedican los aztecas de México:

En esas nuevas tierras descubiertas en nuestra época, todavía puras y vírgenes en comparación con las nuestras, esta costumbre es aceptada por todos: *todos sus ídolos se nutren de sangre humana, no sin diversos ejemplos de horrible crueldad*. Se los quema vivos, y a medio asar, se los saca de la parrilla para arrancarles el corazón y las entrañas. A otros, inclusive a las mujeres, se los desolla vivos, y con su piel sangrante se revisten y enmascaran a otros... Estas pobres gentes sacrificadas, viejos, mujeres, niños, van, unos días antes, pidiendo ellos mismos las limosnas para la ofrenda de su sacrificio, y se presentan a la carnicería cantando y bailando con los asistentes (I, 30, 201b).⁷

Montaigne trata aquí a su lector sin miramientos, como para mostrarle mejor la violencia de los ritos religiosos entre quienes piensan actuar para aplacar la crueldad de los dioses. Arremete, dice, contra “esta opinión tan antigua de pensar agradar al Cielo y a la naturaleza por nuestra masacre y homicidio, que fue universalmente abrazada en todas las religiones” (201b).

Sin embargo, en el contexto inmediato del capítulo “De la moderación”, que sirve de prelude al ensayo “De los caníbales”, este ataque con toda saña sirve también para preparar la segunda parte de su argumentación: aquélla donde nos mostrará que si los sacrificios de los aztecas son repugnantes, la crueldad cometida por los conquistadores en América lo es más aún —y mucho menos excusable. Al final de este mismo capítulo, y como para encadenarlo con el siguiente (“De los caníbales”), Montaigne marcha brutalmente junto con López de Gómara, su fuente principal, que había presentado a la Conquista como una Cruzada llevada a cabo con absoluta buena conciencia, “una gran muestra de servicio a Dios, a la Iglesia y a los Reyes de España”.⁸

⁶ Para un estudio esclarecedor de la posible influencia de Las Casas sobre Montaigne, véase Durán Luzio.

⁷ Véase nota 2 *supra*. El pasaje de Montaigne citado se inspira en la *Histoire générale des Indes* de Gómara en la traducción de Fumée, II, 7.

⁸ Cf. Durán Luzio, p. 104.

En lugar de la cantinela que hacía suspirar a los cruzados para invitarlos a aplastar a los infieles en nombre de la “douce France”, Montaigne nos ofrece reflexiones de filosofía moral nutrida de una antropología tan antigua que ya se la crce completamente moderna: ¿por qué tantos crímenes han sido cometidos en nombre de la religión? Se reconoce aquí al lector de Lucrecio: “*Tantum religio potuit suadere malorum!*”.⁹ La inmolación de víctimas inocentes parece corresponder a una tendencia casi universal del alma humana, y de ella se encuentra sin duda un último ejemplo, por desgracia europeo, entre los conquistadores del Nuevo Mundo. La última página del ensayo “De la moderación” merece ser citado aquí:

Los embajadores del rey de México, al hacer oír a Hernán Cortés la grandeza de su señor, después de haberle dicho que tenía treinta vasallos, de los cuales cada uno podía reunir cien mil combatientes, y que él residía en la más hermosa y fuerte ciudad que existe bajo el cielo, agregaron que había sacrificado a los dioses cincuenta mil hombres por año. De verdad, dicen que llevaban a cabo guerra con ciertos grandes pueblos vecinos no solamente para el ejercicio de la juventud de su país, sino sobre todo para tener con qué suministrar prisioneros de guerra para sus sacrificios. En otro lugar, en una cierta aldea, para la bienvenida de Cortés, sacrificaron cincuenta hombres, todos a la vez (201b).

Sin duda nunca estaríamos dispuestos, como europeos “civilizados”, a aceptar la inmolación gratuita de tantos seres inocentes. Pero Montaigne no detiene aquí su pluma. Agrega una última anécdota que va a dar un giro inesperado a su disertación:

Mencionaré aún otro ejemplo. Algunos de estos pueblos, habiendo sido derrotados por él [Cortés], enviaron para reconocerle y buscar su amistad; los mensajeros le presentaron tres tipos de regalos, de esta manera: “Señor, he aquí cinco esclavos, si tú eres un dios feroz, que vives de carne y sangre, cómelos, y te traeremos más; si eres un dios bondadoso, he aquí incienso y plumas; si eres un hombre, toma estos pájaros y frutas” (201b).¹⁰

El capítulo concluye aquí, abruptamente. Si Montaigne no cree necesario decirnos cuál fue la respuesta de Cortés, es que la histo-

⁹ *De rerum natura*, I, 102; este verso está citado en un añadido a la *Apologie de Raymond Sebond* (II, 12, 521c).

¹⁰ Este pasaje se inspira muy cercanamente en Gómara, probablemente en la traducción italiana, *Istoria di don Fernando Cortez*, Venecia, 1576, pp. 66, 73 y 85.

ria la conoce muy bien. Los indios aprenderán rápidamente a sus expensas qué suerte de “dios feroz” puede esconderse bajo los rasgos del europeo. Podría haberse pensado que las virtudes cristianas dictan a los descubridores esta “moderación” que es objeto del capítulo de Montaigne. Pero no fue desgraciadamente así. Bajo el pretexto de “civilizar” a los indígenas, los invasores han pecado no sólo contra la caridad cristiana sino también contra ese ideal humanista del cual Montaigne tenía nostalgia en su época, el de la moderación, de la *via media*, de la *aurea mediocritas*.

Así, el autor de los *Ensayos* fuerza a su lector a revisar sus prejuicios en nombre de lo que ya se puede llamar un cierto “relativismo cultural”.¹¹ Antes de apropiarse del derecho de “civilizar” a otros, es necesario preguntarse en qué consiste la “civilización”. Algunos críticos modernos han creído su deber poner en duda lo bien fundado de la posición montaigniana al respecto. A sus ojos, el autor de los *Ensayos* permanecería prisionero, pese a las apariencias, de sus prejuicios etnocéntricos. No podría nunca liberarse realmente de sus anteojeras de humanista europeo, y su liberalismo cultural no sería sino la última astucia de la buena conciencia occidental. Tzvetan Todorov, entre otros, es particularmente severo en su análisis:

Ante el Otro, Montaigne se ve movido, indiscutiblemente, por un impulso generoso: antes que despreciarlo, lo admira; y no se cansa de criticar a su propia sociedad. Pero ¿acaso se hace justicia al Otro en esta maniobra? Podemos dudar de ello. El juicio de valor positivo se funda en el equívoco, en la proyección sobre el Otro de una imagen propia, o más exactamente, de un ideal del yo, encarnado para Montaigne en la civilización clásica. Lo cierto es que el Otro jamás es percibido ni conocido... Él quisiera ser relativista, y sin duda cree que lo es, en realidad jamás ha dejado de ser universalista.¹²

Útil como es esta puesta en guardia contra una tentativa anacrónica de ansiedad, nos parece olvidar el hecho que, contrariamen-

¹¹ Véanse sobre este tema los conceptos ya viejos pero siempre esclarecedores de Richard A. Sayce en su obra *The Essays of Montaigne. A critical exploration*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1972, pp. 194-197, 216-217. Véase también una pequeña obra, publicada bajo la égida de la UNESCO, donde Ruggiero Romano reagrupa todos los pasajes de los *Ensayos* relativos a América: Montaigne, *De América*, París, Ed. Uitz, 1991, pp. 18-19. Para un estudio diacrónico de esta cuestión remitimos al estudio ya citado de Edgar Montiel, pp. 28-40.

¹² *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*, París, Ed. du Seuil, 1989, pp. 60-61. [Hay traducción al español, *Nosotros y los otros. La reflexión sobre la diversidad humana*, México, Siglo XXI, 1991, p. 63].

te a la mayoría de sus contemporáneos, el autor de los *Essays* se las ingenia para desorientar a su lector obligándolo a repensar sus propios prejuicios. Por cierto, no puede hacerlo más que empleando un lenguaje que es suyo, referencias culturales que son suyas.¹³ ¿Cómo podría, por otra parte, hacerlo de otra manera él, heredero de la tradición humanista? Sin embargo, forzando al lector a encontrar al más extraño de los extranjeros que se pueda imaginar, le hace justamente poner en duda los *a priori* de su lengua y de sus referencias culturales: “Cada uno llama barbarie a aquello que no es su costumbre” (I, 31, 205).

Sin duda el medio familiar de Montaigne (un padre católico, una madre de origen sefardí, dos hermanos convertidos al protestantismo) lo disponía a aceptar un visión más pluralista del mundo y a romper las pretensiones universalistas de una cultura monolítica que trataba de imponerse, costara lo que costara, en nombre de principios de cuyo monopolio se apropiaba.¹⁴ Montaigne había encontrado, en todo caso, en la forma del ensayo, forma abierta por excelencia, el medio literario ideal para expresar la complejidad de su punto de vista y las diversas perspectivas según las cuales se podía ver el “deseo de civilizar”.

* * *

Antes de seguir adelante, no es inútil quizás detenerse aquí sobre una obra, generalmente descuidada, y que puede no ser extraña a esta asombrosa toma de posición de Montaigne o, más bien, a la estrategia que ha elegido para hacer comprender a su lector que, a pesar de las apariencias, lo más bárbaro no es forzosamente aquello que se cree. Esta obra, cuya pertinencia “ame-

¹³ Es por cierto lo que ha mostrado Gérard Defaux en su artículo titulado “Un cannibale en haut de chausses: Montaigne, la différence et la logique de l'identité”, *Modern Language Notes*, 97 (mayo 1982), pp. 919-957, retomado en *Marot, Rabelais, Montaigne: l'écriture comme présence*, París, Ginebra, Champion-Slatkine, 1987, pp. 145-177.

¹⁴ Como indica Edwin M. Duval, “Drawing on his own pluralistic background, he is able... to consider a foreign culture on its own terms, and to judge his own culture from the point of view of another”, “Lessons of the New World: Design and meaning in Montaigne's ‘Des cannibales’ and ‘Des coches’”, *Yale French Studies*, 64 (1983), p. 95.

ricana” no salta inmediatamente a la vista, es la *Cosmografía universal* de Sebastian Munster.¹⁵

Se sabe que Montaigne poseía un ejemplar de la traducción francesa de esta obra del científico de Basilea; conservada en la Biblioteca Nacional, lleva en la página del título la firma del autor de los *Ensayos*.¹⁶

Antes de emprender el camino para su gran viaje a través de Europa, Montaigne, cuyo amable desenfado —por otra parte más fingido que real— es bien conocido, había probablemente compulsado las guías turísticas de su época. A su llegada a Alemania, lamentará no haber llevado con él un ejemplar de la *Cosmografía universal* de Münster. El secretario nota el hecho: “M. de Montaigne lamentaba... que antes de hacer el viaje no hubiera visto los libros que lo podrían haber instruido de las cosas raras y notables de cada lugar, o no haber tenido un Münster o algún otro en su baúles”.¹⁷

El viajero poseía probablemente esta obra antes de su partida, y esta queja por no tenerlo a mano en el momento oportuno es indicio del conocimiento que podía tener el autor de los *Ensayos* de la vasta enciclopedia de Basilea.¹⁸

Ahora, por razones que no nos parecen enteramente justificadas, la crítica no ha creído deber retener hasta aquí los pasajes de la *Cosmografía* que Münster consagra al Nuevo Mundo. Aun si André Thevet, el cosmógrafo de los últimos Valois, se sirve sobre todo

¹⁵ Para la bibliografía de Münster véase Karl Heinz Burmeister, *Sebastian Münster. Eine Bibliographie*, Wiesbaden, Guido Pressler, 1964. La primera edición de la *Cosmografía* en francés se remonta a 1552. La sexta edición, que data de 1575, será refundida (más exactamente “raspada”) por François de Belleforest. Sobre este último, véase la tesis de Michel Simonin, *Vivre de sa plume au XVIe. siècle. La carrière de François de Belleforest*, Ginebra, Droz, 1992.

¹⁶ Basilea, Heinrich Petri, 1568 (Res. Fol. Z. Payen 494). Sobre este ejemplar se encuentra, al pie del frontispicio, la firma de Montaigne. Véase Pierre Villey, *Les sources et l'évolution des Essais de Montaigne*, París, Hachette, 1908, t. I, pp. 180-181; Frank Lestrigan ha dado precisiones útiles sobre este tema en “Montaigne topographe et la description de l'Italie”, en *Montaigne e l'Italia, Atti del Congresso Internazionale di Studi di Milano-Lecco*, 26-30 oct. 1988, Ginebra, Slatkine, 1991, p. 640, n. 30.

¹⁷ *Journal de voyage*, François Rigolot, ed., París, PUF, 1992, p. 32.

¹⁸ Esto no significa que Montaigne haya querido por ello imitar el contenido y el estilo en su *Journal de voyage*. Todo lo contrario. Pero debía reconocer su utilidad, y esto inclusive si, como piensa F. Lestrigan, los subrayados y las anotaciones al margen del ejemplar autógrafo no fueran de su mano; cf. “Montaigne topographe”, pp. 640-641, n. 30.

de la parte europea de la enciclopedia de Basilea por su cuenta, esto no significa que todos sus contemporáneos hayan hecho necesariamente lo mismo.¹⁹ Ciertos elementos de la versión americana que propone Munster en las páginas de su manual de viajes nos parecen, por el contrario, haber podido ayudar a Montaigne a formular algunas de sus propias opiniones, hasta el punto que no es quizás inútil arriesgar algunas comparaciones.

* * *

Al comienzo del capítulo de la *Cosmografía universal* titulado "De los caníbales, los comedores de carnes humanas", Münster nos hace asistir a la llegada de los españoles a la isla de La Española. La primera reacción de los indígenas es la de darse a la fuga porque creen, precisa el narrador, que los recién llegados son en realidad peligrosos caníbales: "Esto, que los insulares huyeran primero ante los españoles, fue porque ellos pensaban que eran caníbales" (p. 1322).²⁰

Por su efecto de simetría entre españoles y caníbales, esta asombrosa frase liminar ha dado quizás el impulso a la reflexión de Montaigne sobre el relativismo de las culturas. Le presentaba en todo caso, en forma lapidaria, una puesta en cuestión radical de la oposición entre salvajes y civilizados. "¿Y si los europeos eran, pese a las apariencias, aun peores que los caníbales?". La pregunta era inevitable, Münster echaba un cable a nuestro amante de paradojas.²¹ La ocasión era demasiado buena como para dejarla pasar.

Puede ser, por otra parte, que Montaigne haya tenido otras razones, políticas y personales, para denunciar, en el surco de la famosa Leyenda Negra, las ambiciones y la crueldad de los españoles. La traducción francesa de la *Cosmografía universal* de la que se servía nuestro ensayista, publicada en los medios ganados a la Reforma, reflejaba un sentimiento polémico netamente desfavorable a la po-

¹⁹ Nuestra posición difiere sensiblemente de la que sostiene Frank Lestringant en su obra *André Thevet, Cosmographe des derniers Valois*, Ginebra, Droz, 1991, capítulo III, "Entre Allemagne et Angleterre", pp. 65 ss.

²⁰ Daremos desde ahora la paginación de la obra entre paréntesis en el texto. Somos nosotros quienes subrayamos para mejor resaltar el paralelismo entre españoles y caníbales.

²¹ Véase sobre este tema el libro de Alfred Glauser, *Montaigne paradoxal*, París, Nizet, 1972.

tencia hispánica. Montaigne compartía ciertamente el resentimiento de los "políticos" molestos por la intervención de España en las guerras de religión. Puede ser también que el recuerdo de los judíos sefardíes, expulsados de España treinta años antes de su nacimiento, haya obsesionado su memoria, justamente en razón de su parentesco materno.²² Lejos de nosotros la idea de que haya podido haber aquí una reacción de espíritu sectario. Montaigne no es Voltaire; sería inexacto e injusto intentar rebajar los impulsos del moralista al nivel de un arreglo de cuentas personal por la vía de la propaganda antihispánica.²³

Es que la responsabilidad de la destrucción del Nuevo Mundo por el Viejo debía ser asumida por todos los europeos: "todos nosotros" tenemos nuestra parte, repite Montaigne en el capítulo "De los coches", empleando la primera persona del plural para incluirse mejor entre los culpables:

¡Qué reparación hubiera habido, y qué reparación a toda esta máquina, que los primeros ejemplos y comportamientos *nuestros* que se han presentado allí hubieran llamado a estos pueblos a la admiración e imitación de la virtud y hubieran erigido entre ellos y *nosotros* una fraternal sociedad e inteligencia! ¡Qué fácil hubiera sido aprovechar de almas tan nuevas, tan hambrientas de aprendizaje, teniendo la mayoría tan bellos comienzos naturales! Por el contrario, *nosotros* nos hemos servido de su ignorancia e inesperienza para dirigirlos... hacia la traición, lujuria, avaricia y hacia todo tipo de inhumanidad y de crueldad, a ejemplo y patrón de *nuestras* costumbres [es decir las costumbres de Europa] (III, 6, 910b).

Sin duda existen en otros documentos de la época alusiones a la crueldad "canibalesca" de los europeos. Pero no hemos encontrado en ningún otro lado más que en Münster una fórmula tan explícita de la analogía entre españoles y caníbales.²⁴ Planteado en

²² Esta sugerencia ha sido hecha en varias ocasiones por la crítica cruda. Véase la reciente exposición de André Comparot, "De l'ouverture à l'humanisme à la responsabilité politique: l'apparentement maternel de Montaigne", en Ilana Zinguer, ed., *Le lecteur, l'auteur et l'écrivain: Montaigne 1492-1592-1992*, París, Champion, 1993, pp. 104-118.

²³ Sobre este punto, véase Géralde Nakam, "Ibériques de Montaigne. Reflets et images de la Péninsule Ibérique dans les *Essais*", en *Montaigne et l'Europe, Actes du Colloque International de Bordeaux*, 1992, textes réunis et présentés par Claude-Gilbert Dubois, Mont-de-Marsan, Éditions Interuniversitaires, 1992, pp. 153-175.

²⁴ Y esto incluso si, como recuerda F. Lestrigan, Montaigne se inspiró por otra parte en el comentario de Urbain Chauveton sobre la traducción de la *Histoire*

términos no equívocos, un paralelo tan llamativo como éste debía de escapar mucho menos a los lectores de la *Cosmografía universal* por cuanto estaba colocado en el umbral del primer capítulo de esta obra, consagrada a América. Los términos elegidos eran claros:

Así esos pobres insulares se lamentaban a los *españoles* de las costumbres de esos *caníbales*, quejándose que *esas bestias tragonas* no ejercían menos crueldad *hacia ellos* que un tigre o un león hacia una bestia dulce y pacífica (p. 1322).

La estructura de la frase puede prestarse a una lectura ambigua: ¿quiénes son “esas bestias tragonas”? ¿Los españoles o los caníbales? ¿Y a cuál de estos dos pueblos se refiere el pronombre personal complemento (“hacia ellos”)? Hay ya, bajo el tejido mismo del texto, el presagio funesto de que esta crueldad ejercida contra los indígenas va a pasar de los “salvajes” a los “civilizados”. La cercanía misma entre las dos razas sugiere en todo caso la posibilidad de un deslizamiento metonímico. Pero se ignora aún cómo los españoles se van a comportar realmente.

El tono se hará premonitorio en la continuación del texto: “Pues ellos [los caníbales] pueden capturar a los jóvenes que no tienen aún barba, les arrancan los testículos, *así como se hace entre nosotros a los gallos jóvenes, que se quiere capar y engordar*”²⁵ (*ibid.*).

La comparación inesperada entre la castración de los jóvenes por los indios y la de los jóvenes gallos por los europeos es, por lo menos, sorprendente: ¿Cómo podría derivar de un azar? Su intención no es inocente. Deja entender que los dos continentes comparten prácticas culturales cuya diferencia no es una cuestión de grado. Por la vía de la figura de similitud, la alteridad radical del Nuevo Mundo se encuentra potencialmente suprimida. El “Otro” no es más que una forma del “yo”. El ejemplo de la Europa moderna no hará sino confirmar esta observación: la frontera entre civilización y barbarie es increíblemente pequeña, increíblemente fácil de atravesar.

Como para mejor hacer entender esta verdad, Münster acumula las analogías entre los crímenes más crueles de los salvajes de América y los actos más triviales de la vida cotidiana en Europa:

nouvelle du Nouveau Monde de Girolamo Benzoni, Ginebra, 1579, en particular en el exordio del capítulo I, 31; cf. “Le cannibalisme des *Cannibales*”, *Bulletin de la Société des Amis de Montaigne*, 6 série, núms. 9-10 (1982), pp. 27-40; núms. 11-12 (1982), pp. 19-38.

²⁵ El subrayado es nuestro.

Y en cuanto a los que llevan barba, ellos [los caníbales] los matan en el acto: y después que los han cortado por el medio, toman sus tripas, que aún están frescas, y las comen; hacen lo mismo con sus extremidades, pero hacen trozos de los otros miembros, los salan y guardan, *como nosotros hacemos aquí salchichas y jamones*. No comen a las mujeres, sino que las conservan para tener descendencia, *como nosotros conservamos las gallinas para tener huevos* (p. 1322).

Todo ocurre como si la singularidad monstruosa del Nuevo Mundo entretuviera una relación de similaridad potencial con la trivialidad familiar al Viejo; más bien como si la trivialidad de nuestra vida cotidiana contuviera en ella los gérmenes de una monstruosidad latente que podría un día tomar libre curso por la vía de analogías en apariencia inocentes.

En efecto, los indígenas que huyen al ver desembarcar a los españoles no serán más que momentáneamente burlados. Podrán ofrecer presentes a sus huéspedes extranjeros, "llevando oro con ellos" y acogiéndolos "honorablemente" con "amistad". Se conoce el resto: los europeos no tardarán en abusar de la situación. Münster dará a su capítulo siguiente un título que aparece retrospectivamente del todo sintomático: "Cómo los españoles *abusaron* del servicio de los insulares" (p. 1325). Se ve en él a los conquistadores que se instalan como amos en las islas, se adueñan de los bienes de los habitantes, los reducen a la esclavitud y comienzan a dirigir el genocidio que les asegurará la conquista sobre un continente entero: "Entretanto los españoles, que debían aplicarse a gozar del oro, se daban a la ociosidad y lujuria, comenzaron a odiar mortalmente a su gobierno e hicieron tanto que los bárbaros, ya desenfrenados, se desenfrenaron mayormente, y pervirtieron toda su vida honesta" (p. 1325).

Tal es el resultado lamentable contra el cual Montaigne se indignará en el capítulo "De los coches", denunciando la voluntad de poder de los invasores europeos:

¿Quién puso nunca a tal precio el servicio de la mercancía y el tráfico? Tantas ciudades arrasadas, tantas naciones exterminadas, tantos millones de gentes pasadas a filo de espada, y la más rica y bella parte del mundo desquiciada por el comercio de las perlas y de la pimienta, mecánicas victorias. Nunca la ambición, nunca las enemistades públicas empujarán a los hombres unos contra otros a tan horribles hostilidades y calamidades tan miserables (III, 6, 910b).

Intentando acercarse al discurso "americano" de los *Ensayos* al de la *Cosmografía universal*, no hemos querido restringir el campo de las fuentes de Montaigne. Éste, se sabe, había hecho otras lecturas llenas de enseñanzas.²⁶ Nos parece sin embargo que el viajero europeo que poseía un ejemplar de la traducción francesa de la obra de Münster ha podido encontrar en este último, si no señalamientos nuevos sobre América, por lo menos fórmulas narrativas que han podido asombrarlo e incluso seducirlo. En efecto, es más bien sobre el plano del estilo que hay que situar una influencia posible de Münster. La expresión de la alteridad, en efecto, abreva gustosa en los recursos de una retórica de la paradoja que ha podido cautivar al autor de los *Ensayos*: empleo del *adunaton*, alternancias cautivadoras, asociaciones inesperadas. La estructura oximórica de la narración contribuye a trazar un horizonte de espera donde podía inscribirse con toda naturalidad la inversión paradójica del discurso montaigniano sobre la barbarie. Así, los pasajes que consagra Münster al Nuevo Mundo en la *Cosmografía universal* se caracterizan por una sucesión de cuadros donde alternan imágenes edénicas (la América como *locus amoenus* insospechado de los europeos) y escenas de una crueldad insoportable, que muestran las horribles carnicerías perpetradas por salvajes "inhumanos" (pp. 1322 ss). Estas alternancias cautivadoras encuentran su equivalente, en el plano del estilo, en asociaciones verbales inesperadas que se podría calificar de oximóricas. Así, los europeos que abordan La Española están asombrados de encontrar, contra toda espera, "serpientes inofensivas" y "tórtolas salvajes" (p. 1323). En pleno mes de noviembre oyen "infinitos cantos de pájaros" como si la naturaleza, tal como los europeos la conocen, se burlara de sus ciclos, como si, para retomar la expresión imaginada por un contemporáneo, las estaciones estuvieran "fuera de estación".²⁷

Una visión tan paradójica del Nuevo Mundo no podía más que estimular la curiosidad y provocar una subversión sutil de las categorías mentales en vigor. Quizás hay allí un eco, si no el origen, de una reflexión que, en Montaigne, invertirá los datos del sentido común y pondrá radicalmente en cuestión la idea transmitida

²⁶ Entre otros, Thevet, Léry y Chauveton, para el capítulo "De los caníbales"; Martin Fumée y Jacques de Migrode para el ensayo "De los coches". Véase *supra*, n. 5.

²⁷ La fórmula es empleada por Jean-Antoine de Baif para evocar su sentimiento de desorientación en *Mimes*, I, v. 33.

europea según la cual los americanos no pueden ser más que bárbaros. El ejemplo más célebre de esta puesta en cuestión oblicua se encuentra, por supuesto, al final del capítulo "De los caníbales". Evocando el diálogo que mantuvo en Ruán en 1562 con un jefe indio recién desembarcado del Brasil, Montaigne elogia el buen sentido de este pretendido "salvaje". Pero este elogio se detiene inmediatamente para volver, sin razón aparente, a los prejuicios precedentes: "No está mal del todo, pero ¡no llevan calzas!" (I, 31, 214a).

Si los indios no llevan vestidos europeos, no pueden ser civilizados. Evidentemente, sólo el lector ingenuo creerá que sigue siendo Montaigne quien habla aquí. El "*suffisant lecteur*" habrá reconocido inmediatamente otra voz, la del conquistador impenitente que juzga con base en la apariencia y piensa que fuera de las costumbres europeas no hay salvación.

Así, al manipular diestramente la situación enunciativa de su discurso, Montaigne se permite el lujo de ironizar a expensas de sus lectores descuidados. Este juego placentero sobre la vestimenta de los caníbales invita, de golpe, a releer todo el discurso montaigniano sobre América bajo una nueva luz: para saborear una vena humorística que, sin sacar nada a las graves cuestiones que son debatidas, da a la exposición su dimensión propiamente humana. "¿Llevar o no llevar calzas?". Tal es la cuestión que Montaigne nos obliga a plantear cada vez que pretendemos juzgar a los otros. Pero esta cuestión es también una respuesta a todos los fanatismos del mundo, ya que invita a hacer un lugar a la ironía y al humor en nuestra acepción de la "humana condición".

Traducción de Hernán G. H. Taboada